

No hay mejor manera de empezar. De empezar a escribir y recitar, mi vida cofrade y cristiana. Momentos en los que estas acompañado de dios y de su madre. Y digo que no hay mejor manera de empezar, porque tras Calvario, fue tu última chicotá, papá. Y es con la que quiero que comience la mía. Para abrir mi corazón a todos los que estáis aquí, mi familia cofrade. Corazón que no es de versos y rimas, es de prosa para contar mi Jueves Santo.

Estimado Hermano Mayor de esta, mi hermandad. Antigua, Fervorosa y Venerable Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús atado a la Columna y Nuestra Señora del Castillo Coronada, Patrona y Alcaldesa Honoraria Perpetua de Lebrija y San Pedro Apóstol.

Diputado de juventud.

Presentador y querido primo.

Miembros de junta de gobierno.

Familia, amigos, cofrades. Hermanos todos.

Paz y bien.

Antes de comenzar a recitar y abrir las puertas de mi corazón. Como bien dicen, es de buen nacido ser agradecido. Y por aquí quiero empezar, dando gracias.

Gracias al hermano mayor. Hermano mayor con mayúsculas, hermano mayor en mi corazón. Desde que nació hemos compartido juntos, vida cofrade. Jueves santos que se alargan todo el año, puesto que en cualquier momento, sacáis una tertulia cofrade, puede ser en agosto, tanto en la playa como

en la piscina. Gracias por confiar en mí y darme el privilegio de estar hoy aquí.

A mi grupo joven, que es el mejor grupo de todas las hermandades. Y no dejo que me lo discutan.

Y no me olvido de tí. Quiero dar las gracias, a mi querido compañero cofrade, compañero de vivencias en esta hermandad, primo y presentador. Gracias por cada momento que hemos pasado juntos, por cada instante que hemos vivido entre las paredes de esta santa ermita, por cada Jueves Santo compartiendo fila de nazarenos y cuerpos de acólitos. Y sobre todo, gracias por apoyarme en este reto, y estar este día tan especial para mí. Y espero en un futuro, verte donde yo estoy hoy. Y como prima, un beso fuerte.

Jueves. Día en el que nací, y día que empezó mi hazaña en esta hermandad. Casualidad o no, pero mi hermano, mi hermana y yo, fuimos traídos al mundo un jueves. Cercanos o no a semana santa, pero el amor hacia nuestra Señora del Castillo y su hijo, es inmenso en nuestros corazones. Corazones que están llenos del amor a nuestros padres y familia, poniendo cada uno de ellos una pequeña ración, para que hoy, yo tenga el valor, la fe y las ganas de estar aquí, ante ellos y ante todos vosotros.

Llega la época del año en la que las calles están perfumadas de azahar. Balcones engalanados, paredes en calecidas, casas

que huelen a incienso, despensas con rosquetes y torrijas. Llega la cuaresma, el tiempo en el que tiene que estar presente la oración hacia dios.

Y como buena cofrade, no hay época en el año que me haga disfrutar más. Pasan cuarenta días, entre viernes de ensayo, domingos de certamen; besamanos, triduos, y cualquier día de la semana para esos ratitos de tertulia. Cuarenta días donde el señor los pasó en el desierto. Cuarenta días hasta llegar a mi Jueves Santo.

Jueves Santo. Se levanta un día espléndido. Cielo despejado, sol radiante, calles adornadas para la ocasión, parajillos cantando y olor característico de semana santa, azahar. Como se nota, que el tiempo lo pongo yo, porque este día no me lo estropea nadie. Todo está preparado para que Nuestra Señora del Castillo y Nuestro Padre Jesús atado a la Columna salgan la tarde de Jueves Santo.

Como marca el calendario y nuestra particular tradición, mi primo José Manuel y yo, vamos bajando la calle Corredera, impregnados de nervios y de ilusión. Primera parada. Kiosco de la Plaza de España, compramos caramelitos, que aunque no nos lo comiésemos, no pueden faltar en cada estación de penitencia. Encaminamos la cuesta del Castillo, esta bendita cuesta, que llega a tu casa, a la ermita, que tú mismo nombre lleva.

Te miro y te vuelvo a mirar, me miras y me vuelves a mirar, no me canso de mirarte, de hablarte y de ver lo bella que estás. Contemplo cada detalle, cada instante que se me pueda escapar de ti. Junto a ti, está él, rodeado de tres malajes romanos, pero ante la mirada de tantos que le quieren.

Cuando os he mirado de todas las maneras posibles y de todos los ángulos existentes, bajamos. Y me es imposible no imaginar, que dentro de unas horas estaré ahí, y miraré hacia detrás y te encontraré.

Helado en mano de la ibence, y nos dirigimos a nuestra última parada de una mañana de Jueves Santo, la casa de mi abuela. Esa casa, que tú tan bien conoces Castillo, y que en tantos rincones te encuentras, porque no hay una habitación en la casa, que tú, no estés.

El olor a puchero cada jueves es característico en este lugar, y allí está mi abuela, sentada en su silla esperándonos llegar. Y con un beso y su tened cuidadito, acaba una mañana de Jueves y nuestra bonita tradición.

Éramos apenas unos niños cuando venias a despertarme. Y seguimos después de tantos años, y ansiosa espero la de este año.

Papeleta de sitio en mano, medalla puesta y mi bolsa con mi túnica y guantes de nazareno. Mi padre y mi hermano ya están vestidos con sus negros trajes de capataz, y la pequeña de la casa, Elena, ya tiene su traje de nazareno puesto. La observo, y es como si me mirara en un espejo cuando era pequeña. Con su edad ya iba disfrutando de cada momento que me regalaba esta época, y ella, ya va saboreando esta pasión. Se nota en

sus ojos, como disfruta de cada vela que pone los domingos, de cada ratito que pasa cerca de ella y con el amor que mira a nuestro Padre atado a la Columna.

La hora se va acercando, y con esa cosilla que te entra en la barriga, nos vamos todos juntos para arriba.

Nazarenos con sus velas formando fila, costaleros metiéndose debajo de los pasos. Acólitos vestidos, incensario encendido, cruz de guía en la puerta, y la estación de penitencia ya empieza.

Tras la oración, suena el llamador del paso de cristo. Primera levantá, siempre por los que no están, como debe ser. Y nuestro Señor atado a la columna se va dirigiendo a su salida. Silencio en la ermita y en las afueras, solo se escucha el rachear de las zapatillas, la voz del capataz y los sollozos que tú das. Suena el himno y el misterio empieza a revirar, y es la única que vez que te veo en la calle. Pero no puedo olvidar el año en el que realicé la estación de penitencia tan cerca de ti. Como echo de menos, el impregnarme con incienso, escuchando los sonos que te dedican y viendo con el buen andar que vas. Mirándote a los ojos, solo te pido que esa voz y ojos que te guían, me lo cuides.

El cortejo de la virgen se empieza a formar, con mi cirial preparado, espero esa primera llamada. Y a la voz de a esta es, ciriales arriba, y aquí empieza mi penitencia.

Un paso, otro paso, y estamos en mitad de la cuesta. Miro hacia atrás, y el sol te dá de espaldas, te alumbrá, o mejor dicho, tú lo alumbras a él. El sol radiante que me hace ver una aureola a tu alrededor, que parece que bajas del cielo, como si los rayos de tu corona se alargaran, para hacerte más hermosa si cabe.

No estás sola, un martes Santo un ángel subió al cielo, y ahí está a tu lado. Radiante, feliz, nerviosa y con esa fe que te tenía ella, viéndote lucir ese regalo que con tanto cariño y amor te hizo. Y no estaba solo feliz por eso, sino porque tenía a toda su familia al lado tuya, y al lado de ella. Hijos y nietos costaleros, nietas en el cuerpo de acólito y en las filas de nazarenos, yerno capataz. Devoción que va pasando de generación a generación, y no hay herencia más bonita, que el amor hacia ti Castillo y hacia tu hijo.

Con el andar cadencioso del nazareno, seguimos adelante. La virgen está parada en el asilo de San Andrés. Con las miradas centradas en ella, de tantos abuelitos. Y mientras ellos disfrutaban viéndola, mi mente se va hacia atrás. Hacia recuerdos lejanos y vivencias que han marcado en mí.

Y es inevitable no acordarme, siendo pequeña vestida de nazareno y acompañada de la mayoría de mis primos y primas. Velas rotas y llenos de cera hasta arriba, pero para nosotros no era un problema, no había mayor diversión que esa. Y como no, el momento que más nos gustaba de todo el recorrido, era la hora del bocadillo, que tengo que reconocer que el día del año que con más hambre cenábamos. Una auténtica penitencia era para ellas, pero no había Jueves

Santo que mi madre y mi tía Inés no nos acompañaran. Hartas de nosotros y cansadas de cargar con tantos niños, pero siempre estaban ahí, año tras año.

Vamos creciendo y nuestros conocimientos se van asentando. Vamos dándonos cuenta de la utilidad de una estación de penitencia. Siendo pequeña no ves la seriedad, ni la importancia de hacer una estación de penitencia, en la que acompañas a unos titulares para rezarle, hablarle, rogarle o suplicarle lo que en ese momento necesites. En los que estás tú y ellos, en los que la oración debe de estar presente desde principio hasta el final.

Con el caminar, entramos en recorrido oficial, Plaza de España. Lugar en el que un 12 de Octubre de 2012, a las 7 de la tarde, al son de repliques de campanas, fuiste coronada pontificiamente.

Coronada por toda Lebrija. Por cada calle, plazoleta y rincón. Por cada Iglesia, convento y asilo. Por la Giraldilla, y por el corazón de cada uno de los lebrijanos. Vestida de mantilla no te dejé sola en ningún momento, no podía perderme el más mínimo detalle, de cada segundo, de tu ceremonia, en el que los corazones llevaban tu nombre, Castillo.

Cuando el cielo se vuelve de color melocotón, llegamos a la corredera. En la que todos los años tengo una cita que

nunca me falla. Vestida para la ocasión, con la felicidad en su cara y expectante por vernos llegar, allí está sentada. Cuando me vé, no falla que diga: “¡Mira mi nieta María, que guapa!”. Y como dije antes, no hay mejor herencia que la devoción hacia nuestros titulares. Y yo tengo la suerte, que por todas las partes tengo esta magnífica herencia. Que mis abuelas han tenido la maestría de inculcarles a mis padres este sentimiento, y mis padres de pasármelo a mí.

Cuando el aire lleva notas mezcladas con el olor a azahar de los naranjos de la corredera, entramos en el cortinal.

Al lado de ti, siempre cerca tuya, en el que puedo oír y presenciar todo detalle. El privilegio que solo cinco mujeres tenemos en Lebrija. Desde que me vestí con apenas tres años no te he dejado ninguna semana santa. Y fue con esa edad, cuando emprendí una estación de penitencia a pie, acompañándote. Estación que hice de principio a fin, y que mi madre me cuenta que a la altura de la parroquia me dijo: “María, nos salimos ya, y esperamos a la virgen en la Iglesia”, y rotundamente, le dije que no.

Cuando ya fui más grandecita, cada año me iba turnando. Año en el Señor, año en la virgen, y aunque fuera donde fuera iba acompañando a los dos, tenía que estar más cerca de cada uno. Cirio morado, cirio blanco, vara en el bacalao, bastón y ahora estoy aquí, delante de ti, siempre cerca tuya, con mi cirial. No hay mejor perspectiva y mejor sitio que donde voy, alumbrando el paso de la madre de Dios, escuchando cada levantá, cada suspiro de los que te llevan, cada golpe de martillo y cada saeta que te puedan cantar.



Y aquí estoy yo Castillo, para alumbrarte donde quieras ir, y aquí estoy yo Castillo, tu fiel compañera y devota, tu fiel castillera y amiga, tu fiel hija y hermana. Aquí tienes mi corazón Castillo, para que me lo llenes de humildad, alegría y bondad.

Abro mi baúl, y empiezo a desempolvar recuerdos. Y allí estoy, donde me encuentro ahora mismo, en el cruce del cortinal con la fontanilla. Vestida con mi túnica de nazareno, mi vela blanca, jugueteando con la cera que va cayendo, y acompañada de mi fiel seguidora, mi madre. La que me vestía de pies a cabeza y se aseguraba que no me faltara ningún detalle. La que me ha acompañado cada Jueves Santo y no me ha dejado sola ningún día del año, luchando para que a su hija no le falte de nada. Dándome un amor que nadie más me puede dar. ¿Cómo se le agradece a una madre todo lo que hace por un hijo? No hay nada en el mundo que pague esta riqueza. Y que suerte la mía, de tener un tesoro en mi vida, mi madre, el amor de mi vida.

Entre medio de las filas de nazarenos, veo a un hombre a paso ligero, mirando hacia atrás con lágrimas en los ojos. Vestido con su pantalón blanco y raya morada, camiseta blanca con el escudo de nuestra querida hermandad y costal puesto. No paraba de mirar hacia atrás, no podía dejar de mirarla. Mi padre terminaba su periodo como costalero de Nuestra Señora del Castillo, y terminaba su último Jueves Santo bajo las trabajaderas de su hijo. Momento que yo no quería que se acabara, ya que tengo que admitir, que siempre me hubiera gustado acompañar a mi padre vestido de costalero. Siempre

me gustó un costal, una faja y una marcha de semana santa. Fue él, el que hizo la pasión por esta hermandad y que la afición por la semana santa estuviera en mí. Era un bebé cuando me ponía marchas para que me relajara y me quedara dormida. No había semana santa que faltara a la cita de cada viernes, y es que mis ansias por disfrutar de la semana grande, tenía que apaciguarla con los buenos ratos que dá la cuaresma.

Y a cada paso que doy, un recuerdo se me viene a la cabeza. Recuerdos que hacen de mí, que vaya creciendo como persona y afirmando, que quiero seguir en esta senda de la vida cristiana y cofrade.

Abrió el baúl y ahí estaba. Tan pequeño, tan blanquito y con esa carita que hace llamar su atención. Con el permiso de su madre, lo cogí en brazos y como un bebe lo mecí.

Miré sus patucos, vestido y detalladamente me fije en todo su ser. Una imagen que en mi mente se ha quedado grabada, tuve en mis brazos al niño de la virgen, con apenas 8 o 9 añitos. En ese mismo lugar, camerín de la virgen. Ese pestillo y pequeña puerta que hace que esté más cerca de ti. Desde un lado, te miro, te respiro y te ruego que sigas en esta senda conmigo.

No hay nada más satisfactorio, que sentirte llena contigo misma. Y eso lo hace la fé. La fé de que hay un dios ahí arriba, que nos ayuda y nos espera cuando vayamos a otra vida. ¿Qué sentido tendría vivir si no vamos allí? Un mundo

ideal, en el que todos disfrutaremos de él. Tener fé en esta vida, nos ayuda en todo y se hace más fácil. ¿En qué nos agarramos cuando hay algo que nos inquieta y desespera? Ellos están ahí, dándonos la mano cuando tenemos miedo y estamos solos, dándonos luz cuando no vemos el camino, dándonos esa palmadita en la espalda para seguir adelante. Y eso solo se encuentra creyendo, cerrando los ojos y escuchando al corazón. O si os cuento mi secreto, en esa primera banca. Te sientas, y simplemente con mirarla ella sabe qué hacer. Y no hace falta que sea aquí, en cualquier momento y lugar, dios está contigo.

Y a lo largo de este joven camino cofrade, se van uniendo personas que se van agarrando a ti y acompañando en tu caminar. Y en mi caso, no es únicamente una persona, es todo un grupo. Mi grupo joven. Un grupo en el que estamos todos a una, y nos une el amor hacia unas imágenes, y la fidelidad a nuestra hermandad. Una hermandad que nos ha dado el placer de forjar una gran amistad, dejándonos nuestro sitio y trabajo, que hace que poco a poco vayamos uniéndonos más. Y como entramos hace ya varios años, como el grupo joven de la hermandad del castillo, espero que sigamos todos aquí, pudiendo formar parte en un futuro de la junta de gobierno.

Y si sigo echando la vista atrás, y volviendo abrir el baúl y desempolvando recuerdos. Me sitúo el primer día que tuvimos la presentación, para plantar y hacer crecer este grupo. Fue un punto y aparte en mi senda en la hermandad. Conocí a muchas personas, pero concretamente me quedo con

una. Que me hizo vivir mi vida, tanto cofrade como personal, agarradas de la mano. Y de todas las cosas y de todos aprendemos, y yo, aprendí mucho de ti.

Cuando el jueves santo se hace misterio, y la noche oscura llega, ayudando al recogimiento. Nuestra Señora sigue recogiendo rezos y plegarias, a la voz del capataz. Cazuela, a ti que siempre te he conocido cerca de ella. Transmitiendo el amor que le pones, con esos ánimos que le das a tus costaleros, y que nos llega a nosotras. Pues también, nos sentimos costaleras de ella. Así que apunta, llevas a 35 hombres costaleros y a 5 mujeres.

Escucho los tres de golpes de martillo que indica que ese paso de palio tiene que seguir andando. La voz que hace la llamada, me resulta familiar. Miro hacia atrás, y es mi hermano. El que se ha llevado el mejor regalo de todos, ser un guía de nuestra Señora del Castillo. Él que tan inquieto e intranquilo es, pero con un corazón que no le cabe en el pecho. Y siendo mi hermano pequeño, es el que está ahí, para ayudarme, aconsejarme y seguir mis huellas en este recorrido.

El cansancio se va notando. Pequeños nazarenos con sus capirotos levantados y su bocadillo en la mano. Esperando que el cortejo pare, para aprovechar y sentarse en la acera.

“María Jesús, vamos, que ya queda poco”, “Lola ¿Cómo vas?”, “Shh, Mariquilla, para los ciriales que vamos muy lejos de la virgen”.

Voy pensando y profundizando pensamientos. Reflexiono de la similitud de la vida con una estación de penitencia. Una penitencia que se te puede hacer muy larga, como la vida misma. En las que hay momentos felices y que vas disfrutando de cada paso, de levantá y de cada marcha. Y otros momentos que estas cansada, cansada de 6 horas de recorrido y que tienes una cuesta que subir, y no sabes si vas a poder.

Si puedes, por muy duro que sea todo se pasa, y vas subiendo esta cuesta para llegar al faro que nos guía. Esta bendita cuesta que quita todo tipo de penas, que por muy dura que sea, arriba te están esperando. Os invito que vengáis a la Iglesia, que paséis tiempo en ella y disfrutéis de la soledad de estar con Dios. Una soledad que a mí me llena de alegría, de satisfacción y devoción por mi Señor atado a la columna, y su santísima madre, Nuestra Señora del Castillo. No hay que desesperarse cuando no haya señal y él no escuche, todo llega. Él está en ti, dentro de ti, el secreto está en creer y esperar. Todo llega.

Se acaba la tarde-noche, de un sentido y soñado Jueves Santo. En la que recuerdo todo momento que vivido en esta hermandad, de la que puedo decir a boca a llena, que no puedo estar más orgullosa de pertenecer a ella.

El paso de palio y el misterio están ya en su templo. Todo se ha acabado. Las velas humeantes, el lento ir de costaleros, nazarenos y hermanos. Ya la iglesia se va quedando vacía, y como suele decir mi padre, "Vámonos que tienen que hablar

entre ellos y contarse lo que han visto y escuchado” Como aquella mujer, en cualquier esquina pidiendo sentir en su vientre lo que ella sintió, o esa otra, pidiendo salud, con lágrimas en los ojos y unos labios titubeantes, o la que le da un ramos de flores en silencio, que solo ella sabe por qué. Un pueblo en el silencio de su voz, pero que en el sentir del aire lo llevan a sus oídos. Lebrijanos que no vienen a verla, pero que la esperan en las calles. Dejarlos que se cuenten todo.

Qué inmenso es tu reino.

Espero el momento de poder miraros y agradeceros este recorrido, el recorrido que he hecho por mi vida. Gracias, por dejarme mostrar la devoción, el respeto y el amor que os tengo. Bendita madre, si en algún momento flaqueo y me olvido de ti, tú, no te olvides de mí.

Y esto no acaba aquí, la historia sigue, empieza otro año de cuaresma. Mes de María, doce de septiembre, novena y rosario, donde cada vez el pueblo se acerca más a ti, en el que me tendrás aquí, Castillo. Empieza otro sueño de Jueves santo, deseoso de saborearlo y guardarlo en mi baúl de los recuerdos. Un año que comienza.

Y no concibo terminar mis palabras solo con el “he dicho”. En mis pensamientos unas manos atadas y unos ojos que las mirán, tú, Castillo.